

Jerónimo Bellido Pérez

EL MALTRATO ¿ES UN ACTO DE FALTA DE AMOR?

Si respondemos a la pregunta que encabeza el título diremos enseguida que el maltrato, cualquier tipo de maltrato, no tiene nada que ver con el amor. ¿De qué es signo, entonces?

Responderemos a mí entender, que es signo de una manifiesta visible y clara del desamor, del desprecio hacia el Otro, de la negación violenta y brutal de la diferencia y de la autonomía que le corresponde al Otro.

A pesar de su irracionalidad lo encontramos a diario como sustrato y alimento de las relaciones humanas, presente a diario en las relaciones de pareja, dando cuenta de las relaciones de poder que se establecen entre ellas, que serían todo lo contrario de relaciones de amor.

El maltrato, pues, no es un hecho excepcional, mas bien al contrario ya que lo vemos todos los días al interior de las relaciones humanas: en las relaciones de los hombres con las mujeres, de los adultos con los niños; en las relaciones laborales; en las relaciones de los padres con los hijos, y también de los hijos a los padres. Complejidad y amplitud del tema, lo que nos obliga a acotar los puntos de mira centrando nuestra mirada en las relaciones de los hombres con las mujeres en el ámbito de las relaciones de pareja o familia.

Particularmente quiero incidir en el lugar del hombre en lo social y desde ahí en el lugar que ocupa o que se pone con respecto a la mujer visto que, según las estadísticas y las noticias que aparecen diariamente en los medios, la actuación virulenta y mortal de los varones contra las mujeres toma figura de auténtica pandemia y sintomatiza, a mi entender, en su actuación violenta “el malestar del hombre en la contemporaneidad”. Pero también da cuenta de la visibilidad del odio contra las mujeres por parte del varón al interior de las relaciones de pareja como falta de amor y manifestación explícita del dominio machista al interior de una cultura, supuestamente civilizada como la nuestra, que permanece fijada en el tiempo en sus relaciones mortíferas, nutriendo de violencia y crueldad las relaciones humanas.

SOBRE LA AGRESIVIDAD, EL PODER Y LA VIOLENCIA

En las primeras teorizaciones de Freud sobre el funcionamiento de la mente humana, la agresividad es inherente a la sexualidad humana, es decir que no existe sola como pulsión autónoma, sino que se considera como un componente del instinto sexual. Posteriormente modifica esta primera teoría pulsional para hablar de un impulso agresivo innato (pulsión de muerte) con la suposición que, en su origen, se dirige primero destructivamente contra el yo (masoquismo) y que posteriormente de forma secundaria se vuelve hacia el exterior, hacia las personas o el mundo en general (sadismo).

Desde este punto de vista la agresividad innata tendría un componente negativo y sería vivida como destructiva.

Otros psicoanalistas, como Reich, no han estado nunca de acuerdo con esta teoría de la pulsión de muerte y sostienen que la agresividad natural corresponde a una conducta necesaria -tal como afirma la moderna etología- la cual concluye que en animales distintos el hombre las formas básicas de agresividad poseen una función positiva pues tienden hacia la conservación de la especie y del individuo: lo vemos en las formas externas de marcar el territorio y en la necesidad de restablecer el dominio personal en la jerarquía social (Lorenz).

Encontramos agresividad, lucha, daño, rivalidad y otras conductas hostiles entre los animales pero no tienen la destructividad que ponemos los humanos con los de nuestra especie.

Conviene recordar que en el reino animal no existen relaciones sadomasoquistas, ni ensañamiento o muerte hacia el vencido en caso de lucha por alguna causa determinada (Storr).

Para Reich la agresividad innata no es destructiva porque procede de la tendencia innata a crecer y a recrear la propia vida. Cuando esta fuerza vital se ve obstaculizada en su desarrollo es cuando aparecen en el niño sentimientos de angustia, rabia u odio que alimentan secundariamente las tendencias perversas y destructivas. El bebé necesita de un entorno de afectos, ternura y contacto que satisfaga sus necesidades biológicas propias del animal humano. La agresividad destructiva no es, pues, natural al ser humano SIMO que es consecuencia de las frustraciones que el niño recibe de sus vínculo afectivo-emocionales desde bebé (en las relaciones con la madre, con el padre, en el registro familiar en general) y en consecuencia también un entorno social centrado en la represión de sus manifestaciones naturales afectivas como consecuencia de una educación severa y restrictiva la cual no le permite tocar, explorar y expresar los aspectos relacionales y emocionales propios del desarrollo personal; situación de represión que produce personas muy inhibidas en los afectos con “depósitos” considerables de agresividad reprimida que deviene considerablemente peligrosa, para la vida adulta. En la historia del maltrato observamos que en lo personal de cada agresor hay mucho de la infancia maltratada que se “actúa” irremediamente con la víctima: la historia del maltrato es una historia de víctimas que reproducen los eslabones de una cadena de maltratos, contruidos de cualquier manera de padres a hijos sobre relaciones emocionales perversas que se sustentan paradójicamente hablando, pero enferma por la parte emocional.

Las últimas investigaciones en neurociencias apuntan en esa dirección: la importancia de los afectos, las caricias y el respeto hacia los deseos naturales del niño demuestran que son ingredientes básicos para poder generar en el humano una cultura de la paz y de la convivencia. El ser humano nace como ya decía J.J. Rousseau en *“El contrato social”* sin pecado original en el corazón. El cerebro, de acuerdo con los resultados obtenidos, debido a su flexibilidad, necesita un medio sin estrés para poder desarrollarse adecuadamente. “La mayor lección que hemos aprendido es que la violencia es el resultado de un proceso de desarrollo, una interacción entre el cerebro y el entorno”. (Niehoff)

Vivimos en un entorno y en una época en que la necesidad de poder ha alcanzado la categoría de enfermedad de nuestro tiempo.

Poder destructor que lo vemos diariamente con la presencia de la guerra en los medios de comunicación consecuencia de la necesidad expansionista de algunos estados dominantes, hasta el punto de hacerla banal e intrascendente; presencia del poder también en la necesidad de controlar los medios de comunicación en una sociedad cada vez más dominada por los medios: "la información es poder" dicen algunos sociólogos, que viene a decir: quien domina los medios de comunicación tiene garantizado el poder absoluto. Vislumbramos su presencia también en los espacios de la vida cotidiana, en esos espacios básicos del sistema que configuran la sociedad (familia, trabajo, asociaciones...) y que afectan directamente a las personas que los habitan. M. Foucault en sus teorizaciones sobre el control social a partir del análisis socio-histórico de la aparición de las cárceles, hospitales y otras instituciones "carcelarias" acuñó el término "biopoder" para dar cuenta que el poder en la Modernidad no es sólo la estratificación de sistemas de control y vigilancia (sujeción) jerarquizado de acuerdo a un modelo vertical que emana de arriba abajo tal como lo vemos configurado en las instituciones del Estado moderno, sino que estas estrategias de poder toman otras colaboraciones más sutiles y próximas porque desarrollan en esferas horizontales en donde quedan afectadas las personas en sus propias vidas a través de sus relaciones personales que serían manifestaciones de esas relaciones de poder no sometidas a una estructura binaria del estilo dominador dominado sino más bien serían "una producción multiforme de relaciones de dominación..."

En la clínica observamos que las relaciones familiares o de pareja circulan en estratificaciones intrasíquicas cargadas de afectos y sentimientos en ese marco de vinculaciones estrechas, duraderas e intensas en donde se manejan la dominancia y la dependencia como instrumentos relacionales de poder: ejercicio del poder o de dominación que tanto se ejerce desde la altura del más fuerte con su "fuerza" como se puede ejercer desde la supuesta debilidad" del que está abajo.

En todo caso, cabe pensar que la violencia de género no es una disfunción de la Modernidad, sino el resultante de una lógica en la creación de otreidades que encuentra en la construcción de diferencia sexual generalizada un mecanismo de control sobre los cuerpos y la vida de las poblaciones. La violencia de género es inseparable del "género como violencia". (Bonet i Martí 2007).

A la hora de manifestarse, el poder funciona en su circularidad que se caracteriza por un fluir de la relación y de los afectos en la lógica de la posesión. De modo que la Modernidad traduce aquí sus paradojas en el sentido que si bien desde la Revolución francesa los ideales humanos tenían que ver con la libertad, la igualdad y la fraternidad no es menos cierto que continúan, a día de hoy, siendo inalcanzables.

Vivimos así pues, en un proceso evolutivo de cambio y transformación constante, en un "proceso de civilización". Freud lo denominaba "proceso

cultural”, correlacionando en permanencia agresividad y cultura: pulsiones y exigencias culturales para decir que el acceso a la cultura es un proceso lento y arduo. La civilización es una conquista frágil, nunca definitiva y su conservación exige constantes esfuerzos.

SOBRE LA DOMINACIÓN EN LA CULTURA OCCIDENTAL

La cultura de la violencia de la que hablamos se sostiene sobre el modelo de una sociedad patriarcal basado en el ejercicio del poder omnipotente sostenido por el imaginario colectivo del Fallo como elemento estructurante y simbolizante de la dominación masculina. Es una cultura en donde impera la lógica del más fuerte, del más poderoso, del yo gano y tu pierdes de acuerdo con el modelo activo y destructivo de la masculinidad machista. La mujer y la feminidad y sus contenidos de afecto, bondad, sensorialidad quedan desplazados en la periferia como componentes negativos e innecesarios de las relaciones humanas.

Modelo de relación y de construcción social particularmente desde la cultura clásica que se sostiene en el imaginario a través de un “inconsciente colectivo” que se hace reproductor y mantenedor de “mentalidades” en su lógica de la dependencia y el sometimiento, tal como acontecen a través de los mecanismos psíquicos de poder produciendo roles sociales y estratificando conductas determinadas y estereotipadas según los sexos: al varón de ser activo y a la mujer de ser pasiva; al varón le corresponde el espacio público y todo lo que conlleva de decidido, valiente, poderoso, arrogante y potente; a la mujer el espacio privado y todo lo que conlleva el espacio de la privacidad que es el espacio de la casa, los hijos, el cuidado de los afectos y el cuidado de la “feminidad” lo que quiere decir belleza, “buena educación”, actitud recatada y obediente.

Cultura de la dominación también, sobre el que se sostiene la conducta masculina machista con su rol de hombre viril, sacrificado, rudo, atlético, deportista, hombre-máquina al servicio de la producción y del trabajo y de la reproducción: el hombre es activo siempre y por supuesto en la cama. Es una cultura basada en una educación de la masculinidad “como toca” de modo que no haya sospecha de posible “feminización”: un hombre es un verdadero hombre porque en toda su apariencia no hay signo alguno de “feminidad”, todo él es “macho” en la representación a ultranza de la masculinidad.

Modelo que también reproducen las madres en el cuidado exclusivo hacia su hijo de modo que se avenga a las exigencias que la sociedad tiene sobre él pero también a los anhelos que la madre puso en sus ideales maternos de “buena madre” y modelo que reproducen las mujeres en esa exigencia del “ideal” masculino sostenido por las mujeres a la búsqueda de un hombre protector, fálico, poderoso en suma.

Con el devenir histórico la presencia de la mujer activa y autónoma en la vida social y en la cultura es un hecho visible: si miramos de cerca observamos que, ante la presencia de esta mujer comprometida con su propia existencia, que es la problemática personal y relacional no resuelta del hombre, es decir del varón, la que hace síntoma ante la imposibilidad de manejar adecuadamente los ingredientes necesarios para poder llevar a cabo una relación recíproca;

podemos añadir también, que su estado emocional se manifiesta perturbado pues lo vemos perdido, desorientado y confundido ante las exigencias de responsabilidad y compromiso compartidos de una mujer que se presenta definitivamente a la par que él, después de una larga vida de marginación y exclusión como sujeto histórico: el maltrato y la violencia contra la mujer sintetiza a nuestro modo de ver, el pánico del hombre fálico-narcisista, es decir del “hombre macho” ante el hecho contemporáneo de tener que enfrentarse irremediabilmente a una relación de reciprocidad y de igualdad con esta mujer nueva.

Recurrir al maltrato demuestra por extensión su incapacidad manifiesta de reconocer como Otro, pero igual en su diferencia sexual y afectiva.

FREUD Y EL INCONSCIENTE

Frente al modelo predominante que hemos descrito, en donde la personalidad del individuo se agota en la mera apariencia, Freud en ese espacio histórico que va del XIX al XX introduce el concepto de inconsciente para testimoniar a través de la clínica psicoanalítica que la apariencia es una parte de la realidad del sujeto, pero no la totalidad. El inconsciente da cuenta de una realidad interna que si bien no se manifiesta a simple vista ni se la percibe de manera inmediata, no podemos decir por ello que no forma parte de la realidad intrínseca del sujeto.

Su propuesta es poner la mirada en una realidad “otra” de la que veíamos hasta ahora, dando cuenta que esas diferencias extremas de hombres y mujeres en espacios y roles corresponden a connotaciones intrasíquicas que funcionan de acuerdo con exigencias psíquicas inconscientes, instancias de autoexigencia y control como el *Superyo* en particular. La apariencia necesita un soporte interno que le de consistencia del orden de la verdad, porque la conducta humana para el psicoanálisis y la psicología profunda no se rige por la mera “exterioridad” sino que resulta tributaria de un mundo interno, mundo de pulsiones y afectos que corresponden a vivencias relacionales muy tempranas; son vivencias con la madre en un primer momento y con el padre, más tarde, que conllevan en su complejidad una dimensión de orden mental, afectiva, emocional y sexual insertadas dinámicamente en la vida del sujeto.

La característica del ser humano tal como ha sido desarrollado por la teoría psicoanalítica es la dependencia afectiva: el anhelo de ser amado y reconocido es lo que sostiene su sentido de la vida y estratifica su conducta así como sus relaciones. Las primeras relaciones con la madre son relaciones, normalmente, intensas, cargada de afectos moduladas con caricias, afectos, expresiones cercanas de amor de suma importancia a la hora de asegurar una personalidad en la lógica del bienestar y de la salud.

Relaciones intensas que el bebé interioriza e inconscientemente integra en la memoria corporal y afectiva configurando en la edad adulta relaciones que recuerdan, de un modo u otro, el tipo de relación afectiva vivido en la infancia o en su contrario, las consecuencias patológicas de su carencia.

Bowlby (1988) se centró en las experiencias del infante y del niño con respecto a la separación, la pérdida, la pena y el duelo. Estudia y observa la conexión temprana del infante con su cuidador durante el primer año de vida y reconoció la desorganización que se produce cuando dicha relación se interrumpe.

Señaló que el niño necesita esa relación de proximidad o de apego en los momentos de estrés particularmente cuando el niño se siente “asustado, fatigado o enfermo”. La presencia de esa figura que asegura el apego es importante para sentirse reasegurado. El sistema de apego se activa cuando el niño tiene miedo o malestar para proporcionar seguridad. Comportamiento interactivo regulador de los afectos, pero que se internaliza y que con el tiempo dichos modelos de relación se establecen como modelos mentales o representaciones psíquicas: modelos internos que tienen una función adaptativa o defensiva. (D. Silverman)

Reich en “*Los niños del futuro*” (1950) reconocía como la falta de contacto corporal y de la expresión de afecto en los niños de un mundo cada vez más mecanizado y deshumanizado lo que provoca en el individuo la sensación de una ausencia de vida acompañada de una desvitalización energética y la sensación continuada de fin de mundo como reacción de defensa ante la falta de consistencia y de estar vivo y la sensación carente de soporte emocional. Lo que predomina es el vacío como amenazante y muy destructivo.

LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES ENTRE SEXOS

Dijimos que para la psicología profunda las vivencias de la infancia tienen una parte de peso en la configuración emocional de las relaciones de las mujeres y de los hombres en la edad adulta. Lo mostramos en nuestra forma de sentir y de pensar, preferencias y gustos, inclinaciones y conductas. Pero se vive día a día sin tomar conciencia de la fragilidad humana. A veces la violencia es una forma poderosa de estar en la relación sin tomar conciencia de lo destructivo que hay en ello: mejor estar ahí que estar en la soledad terrible.

Nuestra sociedad, ya lo hemos señalado, ha construido tres firmes racionalizaciones culturales para defender y justificar la agresión verbal y física: el culto al “macho”, la glorificación de la competitividad y el principio diferenciador de los “otros”. Los varones jóvenes suelen adaptarse a este estereotipo de imagen masculina bebiendo, peleando, fornicando, haciendo alarde de sus triunfos sexuales (Rojas Marcos). El culto al poder que engendra la “hombría” machista, la rivalidad extrema, y los privilegios del patriarcado (dominio sobre la mujer y los hijos) son actitudes propias de una sociedad que alimenta la opresión y la desigualdad sexista y clasista.

En el libro “*Violencia y psicopatía*” el autor cita el relato de cinco asesinos en serie centrados en fuertes impulsos de control y poder. Uno de ellos dice “con el sexo había la sensación clara de usar a la otra persona. Mi pene era mi arma. La violación era uno de los elementos de la agresión: no se trata de obtener placer sexual sino de degradarla arrebatándole lo que yo quería. Era simplemente dominación”.

El psicópata es el caso paradigmático del hombre moderno en el sentido que juega con la ventaja de la seducción, el manejo de las relaciones, la apariencia de una personalidad segura y bien temperada pero esconde bajo su masculinidad manifiesta lo infantil que aún hay en él, fijado en situaciones emocionales no resueltas que le llevan a sintomatizar la dificultad para integrar las frustraciones y los compromisos propios de la vida adulta.

EL AMOR MASOQUISTA COMO SINRAZÓN DEL PODER

Cuando se pasa de ser un objeto de amor a ser un objeto de maltrato se genera un hecho traumático que provoca un intenso sufrimiento en el que predomina el estado de alerta y una intensa angustia que agota todas las energías de la mujer. El agresor justifica su violencia en nombre del amor, de un amor tan absoluto y excepcional que es inhumano y que hipnotiza a la mujer. Y si bien ella haya creído ser la mujer afortunada que ha encontrado semejante amor, empezará a pagar el precio de su infortunio. Las palabras del hombre que amaba aún retumban en su cabeza: tu cuerpo es mío y hago con él lo que me parece, además se mejor que tú lo que desees y lo que te conviene. La perplejidad y el miedo ocupan toda la energía pues también ha perdido el refugio de la ensoñación. La crueldad del hombre que dijo amarla por encima de todas las cosas dejará marcas imborrables como el asesino deja su firma en las víctimas.

El agresor tiene una habilidad en detectar cual es la parte más débil de su víctima y sabe que para una mujer la parte mas vulnerable es la necesidad de ser amada, cuidada y protegida. Además, al ser su pareja de lo que se aprovechará será de su enganche más fuerte: el sexual. Ser deseada, dar y recibir la satisfacción sexual tiene para la mujer un significado rotundo: ser la elegida. Por eso el agresor basa su poder en pocas palabras: “tú eres la única”, “tú lo eres todo para mí”. Y ser la elegida por el hombre que ama es para muchas mujeres el mayor aseguramiento sin el que la vida perdería todo su sentido. Pero amor es amar si conoce los límites, porque no podemos pedir a quien amamos que nos de la vida; podemos pedirle que nos acompañe en la vida. Por el contrario, el aseguramiento de un amor sin límites es un riesgo destructivo para la mujer porque a cambio debe someterse, esclavizarse y perder su dignidad. En una palabra perder su derecho a elegir. (P. Ruiz Castillo)

La mujer se pone en ese lugar del sufrimiento porque alivia la culpa ya que pasa a tener el mismo destino que el hombre: él sufre pero ella también y todo por amor, por más que reciba sólo maltrato.

Hemos visto a lo largo de este recorrido que el deseo femenino, es decir, la capacidad de que una mujer pueda elegir y tomar decisiones sobre la vida amorosa es lo que el poder de todos los tiempos ha pretendido aniquilar. Además, la mujer, ha sido la representante del mal, del pecado, del desorden, del exceso, del apetito sexual. El hombre ha necesitado desde siempre a la mujer en el lugar de lo privado y de la sumisión para poner en medio de los dos su dominación, por eso expresa su ira y su violencia contra esa nueva mujer que rechaza su poder.

MÁS ALLÁ DEL MALTRATO: LAS RELACIONES DE CONVIVENCIA EN EL AMOR

Más allá del maltrato y las relaciones de poder en donde la mujer es puesta en el lugar del Otro, del extraño, del enigma que amenaza o protege, se hace necesario que el varón llegue a reconocer a la mujer contemporánea como un semejante que se transforma y cambia el mundo: el mundo real ya está investido irremediabilmente por la presencia de una mujer, que como sujeto, ocupa una presencia decidida y es capaz de ocupar el lugar visible que ha

elegido. Como “minoría activa” las mujeres introducen un estilo de vida y una visión del mundo que pasa por otros valores menos destructivos o violentos y más humanistas como son la honestidad, la solidaridad y el deseo de convivencia respetuosa entre los humanos.

Más allá de la apariencia, de la máscara irreprochable, del simulacro con el cual el hombre ha identificado su identidad masculina existe otra “esencia” que tiene que ver con la debilidad, con el temor a reconocerse vulnerable y extraño a sí mismo (Jollien) así como frente al ideal social predominante del varón como sujeto triunfante: el destino irremediable de la masculinidad para la toma de conciencia de que el hombre también necesita para sí mismo los ingredientes de la “feminidad”; lo femenino ya no puede ser una tara como lo fue para el “macho” (y para las madres de los machos) sino, en cierto modo, un lugar nuevo y desconocido donde buscar para encontrarse a sí mismo.

Rompiendo las barreras rígidas de lo privado y lo público (tal como se habían definido los espacios de los sexos en la Modernidad, en donde lo privado era el lugar de la mujer y de los afectos y lo público el lugar del hombre y de lo activo-productivo), Reich en “La revolución sexual” insiste en la importancia que reviste la sexualidad en la vida de los humanos haciéndola trasladarse al espacio “político” como espacio dignificado de la vida pública. Las reivindicaciones de las mujeres en lo que se refiere al derecho a decidir legalmente en el tema del divorcio o del aborto, las relaciones sexuales como relaciones de placer y no destinadas forzosamente a la procreación, la necesidad de métodos anticonceptivos, la presencia de la mujer en el mundo laboral fuera del espacio privado de la casa, han sido algunas de las muchas reivindicaciones que han marcado todo el siglo pasado.

Ahora le toca a los hombres introducir su masculinidad recobrada en el espacio de los afectos, de las emociones, de las relaciones amorosas haciendo posible tanto la ternura como el reconocimiento de la semejanza y de la diferencia del Otro, es decir de la mujer, en el espacio de lo público, en donde la sexualidad no sea forzosamente fálica sino “sensorial”: trabajo de elaboración mental que implica asumir el compromiso de estar vivo. Hasta ahora el varón se alimentó de la falacia-una más-que con tener un pene era suficiente para conquistar al mundo, pero se olvidó (¡gran error!) de “trabajárselo”. Es la mujer por el contrario la que se “trabaja” su cuerpo, su sexualidad, sus afectos porque es la que se pone en el lugar del compromiso; sin embargo la fantasía omnipotente del varón se recrea en la idea consabida que con tal de estar ahí con su gran fallo ya queda todo dicho. El resultado está ahí: el hombre continúa queriendo ser amado a cualquier precio y reivindica mecánicamente una relación satisfactoria sin querer saber del lugar activo y decidido de la mujer en el espacio público propio de los nuevos tiempos y de las nuevas relaciones afectivas. Algunos ni siquiera quieren saber que los dioses se han vuelto humanos y hasta vulnerables.

Algunas psicoanalistas feministas se preguntan porqué el varón no puede reivindicar en su edad adulta la parte “femenina” de su relación intensa con su madre siendo un niño: se plantean la idea razonable que si los niños de pequeños han vivido una relación intensa con el cuerpo de la madre captando

e interiorizando su sensorialidad, su ternura, su apego ¿cómo es que en la edad adulta se olviden de esa parte emocional que vivieron intensamente siendo bebés y acaben con conductas insensibles según la lógica del estereotipo “machista”? ¿Será un efecto secundario de la cultura que lo engulle todo y marca pautas de conducta de manera rígida? ¿Si la cultura es fálica, el destino de la lógica relacional de los sexos es irremediamente el falicismo?

En todo caso ahora le toca al hombre comprometido trabajar su cuerpo y su sexo haciendo posible que el encuentro con la mujer pase por los caminos lógicos por donde transcurre el encuentro con el amor: una sana reciprocidad merece que tome conciencia de la necesidad de poder decir y decirse que es vulnerable, humano de modo que queda reconciliarse también con su infancia inconsciente, allí donde todos los paraísos aún están vivos y el nacimiento de nuevas realidades humanas siempre son posibles porque están llamadas a proyectarse irremediamente al mundo.

Jerónimo Bellido Pérez

Especialista en Psicología Clínica per la Universitat de París
Director de l'Institut Wilhelm Reich a Espanya

CONFERENCIA: 22 de novembre de 2007
Saló d'actes de la UNED, Vila-real

BIBLIOGRAFIA

- BONET, J. “*Problematizar las políticas sociales frente a las situaciones de violencia de género*” en Estado de wonderbra: Barbara Biglia y Conchi San Martín. Virus Editorial. Barcelona 2007
- BORDIEU, P. “*La dominación masculina*”. Anagrama. Barcelona 2000
- BURIN MABEL: “*Estudios sobre la subjetividad femenina*”. Edit. GEL. Buenos Aires 1987
- CLARE, A “*Hombres: la masculinidad en crisis*”. Taurus. Madrid 2002
- FOUCAULT, M. “*Un diálogo sobre el poder*”. Alianza Editorial. Madrid 1981
- FREUD, S. “*Tres ensayos sobre teoría sexual*”. (1905) Alianza Editorial. Madrid 1980
- FREUD, S. “*Más allá del principio del placer*” (1920) Obras completas.
- GARRIDO, V. “*Cara a cara con el psicópata*”. Editorial Ariel 2004
- GHIGLIERI, M. “*El lado oscuro del hombre. Los orígenes de la violencia masculina*”. Tusquets Ediciones. Barcelona 2005
- JOLLIEN, A. “*El oficio de ser hombre*”
- LAPLANCHE, J. PONTIAC, J.B. “*Diccionario de Psicoanálisis*”. Labor, Barcelona 1993
- NIEHOFF, D. “*La biología de la violencia*”. Ariel Editorial. Barcelona 2005
- PERROT, M. “*Figuras y funciones: La familia triunfante en “Historia de la vida privada”*”. Taurus. Madrid 1989
- POBLACIÓN, P. “*Las relaciones de poder*”. Ed. Fundamentos, Madrid 2005

REICH, W. "*L'Irrupción de la morale sexuelle*". Payot. París 1977 (en castellano)

REICH, W. "*La revolución sexual (1930)*" Planeta Agostini. Barcelona 1985

REYERO, C. "*Apariencia e identidad masculina*". Cátedra, Madrid 1996

ROUDINESCO, E. "*La familia en desorden*". Lugar Editorial. Buenos Aires 1996

RUIZ CASTILLO, P. "*El maltrato a la mujer*". Editorial Síntesis. Madrid 2007

SAGARRA, M., CARABI, A. "*Nuevas Masculinidades*". Icaria Editorial. Barcelona 2000

SANMARTIN, J., RAINE, A. "*Violencia y psicopatía*". Editorial Ariel. Barcelona 2000

SILVERMAN, D.K. "*Sexualidad y apego*". Revista de Psicoanálisis. Noviembre 2001 – Nº 9

STORR, A. "*La agresividad humana*". Alianza Editorial. Madrid 1987

TRUZZOLI, C. "*El sexo bajo sospecha*". Diván el terrible. Biblioteca Nueva. Madrid 2003

TUBEL, S. "*Figuras del padre*". Cátedra. Colección Feminismos 1997